

Capítulo 1

Un viento fresco soplabla sobre las almenas de Hagaleah, mordisqueando las faldas de las mujeres que se habían reunido allí para ver partir a los hombres hacia la batalla. Como tantas otras veces en el pasado, cabalgaban al encuentro de los escoceses de los clanes MacBroth y MacLagan, enemigos ancestrales de los Eldon de Hagaleah y de los Foster de Fulaton. El sol naciente se reflejaba en sus armaduras mientras cruzaban los páramos para hacer lo que antes que ellos, desde tiempo inmemorial, habían hecho sus padres y los padres de sus padres.

La esposa de lord Eldon suspiró, llena de envidia, augurando una larga y tediosa espera hasta que los hombres volvieran. Era la segunda esposa de lord Eldon, una joven perteneciente a una destacada familia de Sussex. Lady Mary Eldon era bella, caprichosa y desatenta. Se había criado en las tierras verdes y apacibles del sur, y entendía muy poco del perpetuo estado de guerra de la frontera o del peligro de las incursiones enemigas. Para ella, la batalla era un torneo: un acontecimiento vistoso y emocionante.

—Quiero asistir a la batalla, Hilda. No veo razón para que nos quedemos aquí encerradas.

Hilda miró con pasmo a su señora.

—No podéis, mi señora. Pensad en el peligro.

—Tonterías. Hay una loma bien resguardada desde la que se ve el lugar donde va a celebrarse la batalla.

Dio media vuelta y entró en la torre del homenaje seguida por su pequeño séquito, que intentaba ansiosamente disuadirla para que abandonara aquel plan temerario sin hacerla enfadar. Los ataques de cólera de lady Eldon estaban empezando a convertirse en legendarios. No le gustaba que la contrarioran en modo alguno, como habían comprobado en carne propia numerosos sirvientes del castillo. Y ninguno de los que seguían a la obstinada dama deseaba perder su posición de privilegio.

Para consternación de todos, a la prima de lady Eldon, cuya boda con el heredero de lord Foster era inminente, también le parecía buena idea. En su inconsciencia, las dos jóvenes pretendían convertir la batalla en un almuerzo campestre. Mary ordenó que se preparara comida y hasta dio órdenes a las nodrizas de que llevaran a los niños, seis en total, incluidos los dos que lord Eldon había tenido con su primera esposa. La esperanza de que los pocos hombres que quedaban detuvieran a lady Eldon se desvaneció al instante cuando los sirvientes corrieron a enganchar los carros y a abrir las puertas. Pronto un séquito considerable puso rumbo a la loma desde la que se divisaba el campo de batalla. Sólo las criadas más ancianas y la hija mayor de lord Eldon torcieron el gesto. Los niños y el resto de las mujeres, señora y sirvientas por igual, comenzaron a comportarse como si fueran de excursión a la feria.

El pequeño Robin Foster, un niño de ocho años, robusto y de rizos rubios, tiró de la trenza de Storm y pensó de nuevo que su cabello tenía un color muy extraño, como el de la caléndula, de un rojo anaranjado.

—¿Por qué tenemos que quedarnos aquí? Storm, ¿no podemos sentarnos con las damas?

Storm miró al niño desde la altura que le conferían los dos años que le llevaba. Sus ojos ambarinos tenían una expresión desdenosa.

—No. Aquí estamos más seguros. Podemos escondernos entre los matorrales, si hace falta. Es absurdo que mi madrastra haya he-

cho esto. Deberíamos estar encerrados en el castillo, no retozando al alcance de los escoceses.

—Pero los escoceses van a estar luchando allá abajo, hermana —terció Andrew, su hermano de seis años, cuyos rizos de un rojo brillante agitaba la brisa—. Me gustaría ver a nuestro padre en la batalla.

—Sí, pero también nos verían a nosotros, con este pelo que brilla como un faro. Desde aquí se ve suficiente. —Acalló las protestas de los cinco pequeños con una mirada que los abarcó a todos—. Escuchadme antes de que el estruendo de la batalla ahogue lo que voy a deciros. Si os digo que os mováis, os movéis y vais adonde os indique sin rechistar. ¿Acaso dudáis de que a los escoceses les encantaría capturar a los hijos de su enemigo?

—Nos estás asustando —protestó Matilda Foster, de cuatro años, mientras retorció nerviosamente su rubia trenza entre las manos.

—Pues mejor. Así correréis más, si es preciso. Vamos, los ejércitos se preparan para enfrentarse.

Al principio, cuando los ejércitos se alinearon el uno frente al otro, fue como un torneo. El resplandor del acero, el ondear de los pendones y el ruido de las armaduras animó al público de la colina. Todo parecía hermoso, incluso sobrecogedor. No podía uno evitar sentirse conmovido ante aquel espectáculo. Pero entonces los gritos de «¡Foster! ¡Foster!», «¡Eldon, Eldon!», «¡MacBroth! ¡MacBroth!» y «¡MacLagan! ¡MacLagan!» resonaron en el aire, la batalla comenzó y las cosas cambiaron con velocidad vertiginosa.

Las armaduras seguían sonando al chocar espada contra espada, pero ahora iban acompañadas de gritos al romperse hendidas por una estocada. El acero fue perdiendo su brillo al cubrirse de sangre y salpicarse con el barro que levantaban hombres y caballos. Las formaciones quedaron olvidadas en la lucha cuerpo a cuerpo; los caballeros se abrían paso a mandobles entre la masa de la infantería y, cuando ello era posible, los heridos eran arrastrados, llevados en

volandas o ayudados a llegar a la retaguardia con la esperanza de que vivieran para conocer otra batalla.

Cuando la lucha cundió, desplegándose hacia los flancos, la loma dejó de ser lugar seguro. Quedaba más bien del lado escocés del campo de batalla, y el enemigo iba acercándose poco a poco a los ahora mudos espectadores. Incluso las mujeres más sedientas de sangre comenzaron a flaquear cuando el calor creciente del día intensificó el olor de la contienda y la ligera brisa veraniega les llevó el tufo del sudor y la sangre de los combatientes. Los niños no protestaron cuando Storm comenzó a llevarlos hacia los matorrales.

De pronto, los acontecimientos tomaron un cariz peligroso. Un grupo de combatientes alcanzó el pie de la loma. Un instante después, una banda de caballeros escoceses cabalgaba hacia el promontorio para ayudar a sus hombres. Los Foster y los Eldon retrocedieron bajo el empuje de los escoceses. Las mujeres del castillo, alarmadas ya, se asustaron cuando el grito de un caballero escocés indicó que las habían visto. Chillando, huyeron hacia los carros. Unos pocos escoceses salieron en su persecución, pisoteando las mantas de colores y desperdigando por el suelo los festivos preparativos de la comida. En medio de aquel tumulto, Storm se llevó a los niños a toda prisa. Recordó que había por allí cerca una choza de esquilador y pensó que sería un buen sitio para esconderse, acercando así a los pequeños al enemigo sin darse cuenta.

La choza estaba en muy mal estado, pero servía para ocultarse. Storm reparó en su error al ver las tiendas de los escoceses, pero no había ya vuelta atrás, pues oía acercarse velozmente a los jinetes armados. Metió a los niños a empujones en la casucha sin puerta, se sentó ante ellos y, apretando su cuchillo, se dispuso a defender a los pequeños si les descubrían.

Poco después, los escoceses comenzaron a regresar del campo de batalla pasando junto a la choza, ajenos al tesoro que contenía. Storm empezaba a pensar que no les descubrirían cuando, de pronto, un pequeño grupo de hombres se detuvo ante la choza para que

uno de ellos se sentara a descansar. Storm reconoció enseguida al señor de los MacLagan, pues éste tenía una serie de rasgos distintivos; entre ellos, el cabello plateado y una cicatriz que le cruzaba la cara en zigzag, desde la frente a la barbilla. Cuando sus ojos azules, oscurecidos por el dolor, se encontraron con los de Storm, ella sintió que su corazón se detenía. Su mente imaginó un sinfín de aciagos destinos.

—Caramba, mirad lo que tenemos aquí, muchachos —dijo Colin MacLagan con voz ronca—. Mira, Tavis.

El joven se volvió para seguir la mirada de Colin. Sus ojos, del azul del cielo una mañana de verano y tan luminosos como su cara morena, se clavaron en los chiquillos. Cuando la niña de cabello brillante sacó un puñal del bolsillo de las faldas, una sonrisa iluminó su tosco semblante.

—¿Qué piensas hacer con eso, pequeña? —preguntó Tavis con un brillo danzarín en la mirada.

—Ensartaros como a un cerdo si os acercáis —contestó Storm ásperamente, y frunció el ceño cuando los otros parecieron reírse—. Hablo en serio —advirtió al ver que Tavis se acercaba.

—No es necesario que hagas semejante cosa, pequeña. No vamos a haceros daño —dijo él.

Storm entornó los ojos porque aquello contradecía las historias que había oído contar. Pero, a pesar de que iban cubiertos de sangre y de barro, ninguno de aquellos hombres le parecía capaz de asar a un niño y comérselo. Los cinco pequeños que se agarraban a sus faldas, intentando esconderse tras ellas, no estaban tan seguros. A ninguno de ellos le pareció extraño acudir a Storm en busca de protección. No sólo era la mayor, sino que también había sido siempre la más fuerte.

Storm consideró cuidadosamente su siguiente movimiento.

Tavis se acercó a su padre y dijo en voz baja:

—¿Quién creéis que habrá sido el necio que les ha dejado acercarse a la batalla?

—Sabe Dios. Con ese pelo, creo que pueden ser hijos de Eldon. La niña es muy rara.

—Sí. Ojos de gato y ese cabello. Es extraño. Nunca había visto nada parecido. —Sonrió a su padre—. Está tardando en decidir si ensarta a alguno o no. —Se rieron suavemente.

—Quiero vuestra palabra —dijo Storm alzando la voz—. Quiero que me juréis que ni vos ni ninguno de vuestros hombres nos hará daño. Vuestra palabra de honor. —Los observaba atentamente.

—La tienes, muchacha —dijo gravemente el señor de los MacLagan—. Sólo vamos a reteneros para pedir rescate.

—Me parece justo. —Se guardó el cuchillo entre las faldas y miró con el ceño fruncido a los otros niños—. ¿Queréis soltarme las faldas? Tembláis tanto que se me van a caer los dientes.

Dos hombres ayudaron a levantarse al caballero y Tavis miró a Storm y le indicó que se acercara.

Ella empujó a los niños delante de sí y echó a andar junto a Tavis. Cuando llegaron al campamento, los hombres se agitaron visiblemente. Los prisioneros del bando de los Foster y los Eldon a los que los escoceses retenían para pedir rescate comenzaron a lanzar improperios, y sus captores necesitaron unos minutos para calmarlos haciendo gala de escasa delicadeza. Los niños permanecieron junto al señor de los MacLagan y sus hijos, dos más de los cuales se habían sumado a la comitiva. Apenas se habían acomodado delante de una tienda cuando aparecieron unos hombres tirando de Hilda, que, sucia y furiosa, cayó ante ellos y comenzó a abrazarlos y a besarlos mientras lloraba copiosamente.

—Ya basta, Hilda. —Storm escapó de sus garras—. Vas a ahogarnos. ¿Cómo están las otras señoras?

—Se fueron, niña. No conseguí que me ayudaran a buscaros.

—¿Qué hacíais tan cerca de la batalla? —le preguntó Colin a Storm mientras le quitaban la armadura.

—A mi madrastra se le ocurrió contemplar el espectáculo. —Su voz estaba cargada de desdén—. Ella, junto a la prometida del here-

dero de los Foster y algunas sirvientas nos llevaron a la colina. Iba a ser una comida campestre. Luego, cuando vuestros hombres se acercaron, las muy idiotas huyeron chillando. Parece que sólo Hilda se acordó de los niños.

—¿Y de quién sois hijos? No quisiera equivocarme al pedir vuestro rescate.

—Yo soy Storm Pipere Eldon, mi señor —dijo ella con una reverencia—, la hija mayor de lord Eldon, y éste es Andrew, su heredero. Éstos dos son Robin y Matilda, hijos del primer matrimonio de lord Foster. Los gemelos de pelo castaño son mis primos, Hadden y Haig Verner. Estaban todos en Hagaleah para la boda del primogénito de los Foster, que será dentro de quince días.

—Pardiez —susurró MacLagan—, el futuro de ambas familias de un solo golpe. A esa mujer habría que azotarla hasta dejarla al borde de la muerte. De esto vamos a sacar un buen rescate. —Fijó su atención en su correo, que iría a caballo hasta Hagaleah para llevar la demanda de rescate.

—Hilda, nosotros estamos bien, pero puede que nuestros hombres necesiten tus cuidados —sugirió Storm, y vio con una media sonrisa como Hilda se abría paso hacia los caballeros cautivos, orgullosa de su misión. Luego frunció el ceño al ver cómo estaba curando Iain MacLagan la herida de su padre—. Estáis haciendo una chapuza —le dijo al joven caballero—. Vais a matarlo, en vez de a curarlo.

—¿Ah, sí? ¿Vos podéis hacerlo mejor? —preguntó Tavis con una pizca de sarcasmo, pero sus ojos revelaban el alborozo que le causaba la muchacha—. Os lo ruego, hacednos partícipes de vuestro conocimiento.

—Lo haré, si puedo, pese a vuestro cinismo, señor. —Hizo caso omiso de las risas de los hombres y miró a su alrededor, buscando lo que necesitaba. Al encontrarlo, ordenó a Andrew que se lo acercara.

—No —contestó su hermano tercamente—. No sé por qué tengo que ensuciarme.

Storm contempló con desprecio aquel indicio de rebelión en sus filar y levantó a medias el puño.

—O lo haces o te saco esa nariz chata que tienes por los rizos de detrás de la cabeza.

Andrew obedeció, pero intentó salvar su orgullo refunfuñando una sarta de impropiedades respecto a los muchos defectos de su hermana. Storm se atareó buscando un cuenco y agua limpia y rasgando limpiamente sus enaguas. Se lavó las manos, lavó la herida y limpió la aguja que iba a usar. Cuando Andrew volvió, preparó su cataplasma, cosió con esmero la herida de Colin tras regarla con whisky, la limpió y la vendó hábilmente, y hasta hizo un cabestrillo para su brazo.

Los MacLagan la miraban con admiración cargada de buen humor. La niña no sólo no se mareó al ver la fea herida, sino que demostraba un talento notable. Mientras trabajaba, hablaba con el caballero escocés, moreno y cubierto de cicatrices, como hablaba una aya con un niño, para regocijo de Colin y de los demás hombres.

Tavis, que había alcanzado hacía poco la edad de diecinueve años, estaba fascinado. Storm Eldon era una niña semejante a un duendecillo, menuda y delgada. Sus manos pequeñas, de largos dedos, poseían una habilidad que superaba con mucho sus años. Su espesa melena escapaba de las trenzas y deslumbraba en contraste con su tez de alabastro. Su cara tenía forma de corazón, y bajo unas cejas castañas y sesgadas, sus ojos grandes, rasgados y ambarinos, rodeados de densas pestañas, parecían llenar todo su rostro, dejando poco espacio para la delicada nariz y la boca carnosa. Tavis no podía siquiera imaginar las muchas cualidades de su naturaleza.

—¿Cuántos años tienes, niña? —preguntó mientras ella se lavaba las manos.

—Cumplí diez el mes pasado. —Entregó a Iain lo que quedaba de la cataplasma y le dijo—: Mantened limpia la herida, cambiad el vendaje tres veces al día y ponedle un poco más de esto hasta que empiece a cerrarse. Dentro de una semana o diez días, poco más

o menos, podéis quitar los puntos. Espero que mi padre no esté herido, porque le gusta que le atienda yo. Los demás lo agobian demasiado.

—No hay indicios de que lo esté —dijo Sholto MacLagan, el menor de los tres hijos de Colin.

Les llevaron algo de comer, porque existía el convencimiento de que los Eldon y los Foster tardarían algún tiempo en reunir el rescate. Los seis niños comieron en silencio, sin darse cuenta de que los MacLagan hablaban de ellos. Hilda miraba a los pequeños de vez en cuando, pero los prisioneros necesitaban sus cuidados más que ellos.

—¿Creéis que la chiquilla os ha envenenado? —bromeó Sholto al ver que su señor se tocaba el vendaje.

—No. Estaba pensando que lo ha hecho muy bien. Nunca he visto puntos tan bien dados. Esa niña tiene un don. He visto muchas chiquillas en mi vida, pero ninguna como ella.

—Sí —dijo Tavis—. Yo estaba pensando lo mismo. Cuesta creer que sea inglesa.

Colin sonrió.

—Sí. Tiene mucho carácter. ¡Ensartarte como a un cerdo! —Se rió, pero se detuvo de pronto y fijó la mirada en los niños—. Oh, oh. Hay problemas entre la soldadesca.

Robin Foster se sentía herido en su orgullo. Recordarle que se había escondido tras las faldas de Storm al verse frente al enemigo era un asunto delicado. Y ahora le escocía que ésta les diera órdenes a todos, porque estaba convencido de que aquella posición le correspondía a él. Ella le dijo que cogiera el plato de su hermana y aquello fue la gota que colmó el vaso. Robin se levantó de un salto, tiró su plato al suelo y la miró con enfado.

—No pienso hacerlo. No tengo por qué aceptar órdenes tuyas. Es una afrenta.

Storm percibió el insulto que se escondía detrás de sus palabras y se levantó muy despacio.

—¿Cómo es eso, joven Robin?

—Yo estoy destinado a ser un par inglés y no acepto órdenes de una bastarda medio irlandesa.

—No soy una bastarda y lo sabes muy bien. Mi padre se casó con mi madre antes de que yo naciera.

—Minutos antes —bufó Robin—. Todos hemos oído esa historia. Pues bien, Robin Foster no acepta órdenes de la hija de una ramera irlandesa —gritó, y sus palabras resonaron en el campamento, que había enmudecido repentinamente.

Apenas había acabado de hablar cuando Storm le tiró al suelo de un puñetazo. Se abalanzó sobre él y empezó a golpearle de veras, como un muchacho, sin que las faldas le estorbaran. Estaban igualados. Los hombres se acercaron a mirar y Hilda no pudo detener la pelea. Matilda los miraba en silencio, pero el hermano y los primos de Storm la animaban a voz en cuello. Hasta los cautivos eligieron bando.

—Conque de sangre irlandesa, ¿eh? —dijo Colin mientras miraba pelearse a los niños—. Eso lo explica todo. Me pregunto de dónde sacó su señoría una muchacha irlandesa.

—La chica va ganando. Esto va a herir el orgullo de ese muchacho, no hay duda —dijo Tavis riendo.

Storm sujetaba Robin contra el suelo.

—¿Te rindes? —preguntó con un puño suspendido junto a su cara.

Robin vaciló un momento, pero su cuerpo ya había recibido suficiente vapuleo de puños diminutos.

—Sí, sí. Me rindo. Me rindo.

—Ahora retira lo que has dicho de mi madre.

—Lo retiro. ¿Vas a soltarme? —gimió él, convencido de que tenía rota la nariz, además de otras cosas.

Tavis apartó a la niña de su enemigo derrotado y Hilda corrió a ayudar a Robin.

—Niña, niña —se lamentaba—, no está bien que andes peleándote por ahí como un mozo de cuerdas.

—Ha dicho que mi madre era... una de ésas —replicó ella, defendiendo su arrebató de zafiedad.

—Y está muy mal que lo haya hecho, no hay duda, pero no está bien que respondas a su insulto con los puños. No es propio de una dama.

—No —resopló Storm—, lo propio de una dama es poner una pizca de veneno en la comida. Mucho más refinado. —Intentó desasirse de Tavis, pero él ignoró sus forcejeos y la sentó junto a Colin.

—Mi madre no era una furcia —refunfuñó cuando Tavis comenzó a limpiarla, buscando heridas más graves que un arañazo o un moratón—. Y yo no soy una bastarda. No podía dejar que dijera esas mentiras y se saliera con la suya.

Una sola mirada a su rostro angustiado y suplicante convenció a Tavis de que le lanzaban a menudo aquel insulto.

—Si tus padres se casaron antes de que nacieras, no eres una bastarda, ni tu madre era una ramera. —Sabía que era una afirmación demasiado general, pero no podía explicarle que el matrimonio no siempre impedía que una mujer fuera una furcia—. Parece que te has librado por los pelos de acabar con un ojo morado.

Ella se encogió de hombros.

—No sería la primera vez, ni la segunda. Tardaron en casarse porque mi padre estaba fuera, guerreando, pero se casaron antes de que yo viera la luz del día. Mi madre era una dama muy bella.

—Estoy seguro de ello —murmuró Tavis mientras seguía lavándole la cara.

Con esa aguda sensibilidad que tienen a menudo los niños, Storm comprendió que sus murmullos sólo intentaban tranquilizarla.

—No sé qué tiene que ver el hecho de que fuera irlandesa —dijo.

Tavis se detuvo un momento, vio su mirada danzarina y comenzó a recelar.

—Desde luego.

—A fin de cuentas —continuó ella, mirándole con inocencia, salvo por el destello de sus extraños ojos—, podría haber sido escocesa. —Contestó a la mirada de disgusto de Tavis con una carcajada tan ligera, tan despreocupada y grata al oído que más de uno sonrió al escucharla.

Tavis deshizo lo que quedaba de sus trenzas para quitarle las hojas y las ramitas que habían quedado prendidas a su pelo, y sonrió.

—Eres un diablillo. Deberían haberte azotado tres veces al día.

—Eso es lo que dice mi padre, pero nunca lo hace. —Le miró mientras él le pasaba los dedos por el pelo, limpiándolo, y empezaba a trenzárselo hábilmente—. Os dais buena maña para esto. ¿Tenéis esposa? —Tavis negó con la cabeza, y ella miró a Colin con una sonrisa—. Le gusta retozar, ¿eh?

—Estate quieta. —Tavis le tiró suavemente del pelo mientras su familia se reía—. ¿Por qué te pusieron Storm?

—Hubo tormenta la noche que nací. Esperaban que fuera un varón, así que no habían elegido nombre de niña. Y como nací el día del solsticio de verano, en plena tormenta, entre rayos, truenos y aguaceros, mi madre pensó que mi carácter, y que incluso mi vida, serían tormentosos, y le pareció que el nombre me venía como anillo al dedo. Me temo que le he dado la razón demasiado a menudo. —Miró su vestido sucio y rasgado y suspiró—. Cualquiera que me vea se dará cuenta de que me he peleado. Papá se enfadará conmigo.

—Creo que tu padre no se fijará en nada, excepto en si sus retoños están sanos y salvos —predijo Tavis.